

## La red solidaria de los americanistas: una biblioteca hispánica

JOAQUÍN IBÁÑEZ MONTOYA

Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid

Los tres volúmenes publicados por la editorial Salvat en los años 1945, 1950 y 1956 bajo el epígrafe de Historia del Arte Hispanoamericano supusieron, además de un hito académico, el enunciado formal de varios argumentos a ser reconsiderados con la perspectiva del tiempo. Desde tal distancia son evidentemente parte de un proyecto por otra parte iniciado varias décadas antes, en los inicios del pasado siglo. Un proyecto que queda, con todo, abierto, inconcluso, ante la promesa no cumplida de un cuarto volumen que nunca llega a ver la luz. Se trata de un trabajo no solo de recopilación sino de verdadera investigación sobre fuentes primarias que establecía, de una manera casi fundacional, los parámetros de una disciplina en formación cuya estructura perseguía dar forma a conceptos y métodos a la par que evidenciar una laguna en los estudios europeos sobre la Historia del Arte mantenidos hasta ese momento. Resolvía un olvido, ideológico en cierto modo, de uno de sus capítulos en su reivindicación de pertenencia, clara, al mundo occidental desde el siglo XVI.

Esta edición responde a los resultados de la constitución quince años antes, en el año 1930, de la cátedra de Historia del Arte Hispano-colonial, en Sevilla. Pero al hacerlo ahora de manera coral, con esta publicación, propone no solo evidenciar las carencias citadas sino, editorialmente, exponer la eficacia del trabajo en equipo como perfil en esta materia. Un colectivo de investigadores equilibrado, disciplinar y geográficamente, asegura no solo su excelencia como su viabilidad y su mejor difusión. El proyecto es desde luego muy inteligente en muchos sentidos. Sus autores son, sin duda, conscientes en su gestión de la urgencia del encargo y por ello, ante las dificultades que podría suponer abordarlo desde la escala continental pertinente y en los tiempos en que se proponían ejecutarlo, recurren además a una política eficaz de complicidades.

Agrupan a todo un conjunto de colaboradores de instituciones de Méjico, Perú, Santo Domingo y de Ecuador además de sus propios países promotores; suman un valioso repertorio de materiales dibujados, fotográficos... que facilitan profundamente la labor de campo. Y también la de su verificación. Esto es muy importante. Realizada esta última sobre los esquemas de las plantas y alzados arquitectónicas incorporadas o propios sin estas colaboraciones y revisiones el trabajo hubiera sido aún más complejo de lo que fue y, por supuesto, menos científico. Hoy, su producción nos permite evaluarla no solo con el mérito de la tarea sino el de su interés documental. Son muchas las cosas que ya han desaparecido o que se han hundido simplemente.

Bajo un índice de carácter cronológico, tras un breve capítulo introductorio que contextualiza el “estado de arte”, estas materias, en aquel momento, desde sus antecedentes prehispánicos, van repasando tierras y tipologías arquitectónicas con una densidad e intensidad desconocidas. Sus imágenes no eran habituales en las publicaciones de época. Sometidas al rigor de sus dibujos redibujados bajo la homogeneidad de una mano única alcanzan la frontera temporal del siglo XVIII, sin entrar ni en la escultura ni en la pintura, ni incluir a Uruguay. Si lo hace con Brasil y con los territorios hispanos de los actuales Estados Unidos. El trabajo, pionero también como investigación basada en la solidaridad entre las redes de americanistas existentes, confirma las nuevas políticas de relación entre ambas orillas del océano en proceso en aquellos años.

Tras la contienda civil española y, sobretudo, tras el final de la Segunda Guerra Mundial un nuevo orden refuerza la solidaridad que reflejaba esta complicidad en las “tesis iberoamericanas”. Incorporada a los estudios de la Universidad Central de Madrid, en la periferia de esta última, se van a producir una serie de novedades que centraran mi reflexión aquí. El recién fundado Instituto de Cultura Hispánica y su biblioteca, la Biblioteca Hispánica, coetáneos de la publicación con cierta lógica como luego se verá, se propone así potenciar su existencia en el *campus* de este conocimiento especializado. El mundo hispanoamericano va a disponer desde el año 1945 de un instrumento de innovación académica complementario al integrar estos estudios desarrollados sobre su amplio paisaje cultural; como la publicación ahora revisada y desde la Biblioteca Hispánica<sup>247</sup>.

La alteración que su inclusión física y conceptual supone es evidente. No solo es una novedad en el programa fundacional de la Universidad Central

---

247 Su verdadera organización se pone en pie un año después tras un pacto de apoyo de los sectores católicos americanos.

sino en su arquitectura. Producirá una confluencia de factores más o menos intencionales, científicos, políticos, culturales; algunos, incluso, azarosos; para comenzar, disponer de un lugar específico para incorporar los diálogos de sus estudiosos venidos del otro lado del Océano Atlántico o de las lejanas Filipinas. Disponer de una dirección genérica e interesada en construir complicidades significará pues algo más que establecer un metafórico telón de fondo urbano para la obra ahora evaluada. Suponía habilitar un recinto hábil para la construcción de la hoja de ruta cultural entre viajeros y visitante en la que coincidían ambos proyectos, libro y edificio, para multiplicar sus potenciales.

Bajo la coordinación del catedrático Diego Angulo Iñiguez, y con la colaboración de su discípulo, el también catedrático Enrique Marco Dorta, y del arquitecto Mario J. Buschiazzo, los contenidos de los tres libros encontraran, en estos espacios, su envoltura adecuada en aquella España empobrecida<sup>248</sup>. Mirar a América, es entonces cuestión no tanto de nostalgia como de necesidad. Necesidad de un futuro más optimista. Un motivo justificado. Una historia entre la península europea y el continente americano que se repetía. Desvelar una memoria común, secular, material, de la mano de los hechos artísticos o de su arquitectura o de sus ciudades aprovechando la condición favorable de una estrenada vecindad universitaria. La construcción citada supone un punto de inflexión en la consolidación de este trayecto disciplinar en la historiografía española en un viraje que había iniciado su periplo de la mano de otro catedrático, polifacético y visionario, como fue Rafael Altamira y Crevea, un convencido americanista y pedagogo.

La Biblioteca Hispánica, o de los Pueblos Hispánicos como se la denominó en sus inicios, es pieza crucial en este proyecto cultural. Un proyecto cultural pertinente en la coyuntura de aquellos tiempos de cambio político en la dictadura nacionalista establecida en España tras el conflicto civil debido a la derrota de sus iniciales aliados fascistas. El “régimen” tendrá que lidiar con otras políticas de alianzas con América cuyo subcontinente sur se convierte en una ventana privilegiada ante un más que previsible aislamiento internacional que se le avecina. El Instituto de Cultura Hispánica será su instrumento. Para la biblioteca una oportunidad en ese ajuste de equilibrios delicado. Con el igualmente reciente Museo de América o el Colegio Mayor Guadalupe impulsan un proyecto de renovación de relaciones desde estos dos solares universitarios producidos por la destrucción de la guerra.

---

248 En el tomo I, los capítulos once a diecisiete por Marco Dorta. En el tomo II, por el mismo salvo el capítulo siete, a cargo de Buschiazzo. En el tomo III son de Marco Dorta desde el cuarto al doce, y del trece al dieciocho por Buschiazzo.

Emerge un espacio americano en medio de una “tierra de nadie” entre la ciudad de Madrid y su universidad todavía estaba sin enlazar desde su fundación. En medio de esta verdadera *diapolis* ofrece un argumento más en su perfil funcionalista de entreguerras. En su alma inicial existe ya una raíz americana, pero del Norte. No hay que olvidar la profunda influencia que los modelos académicos de aquel país tanto han influido en su definición hasta convertir su *campus* en una referencia de vanguardia a escala europea; sus viajes de preparación de su ordenación fueron financiados por la Fundación Rockefeller. Pero no será hasta los años cuarenta cuando América, como continente amplio, vaya a profundizar su presencia con la reconstrucción *franquista*. Se podría afirmar de este modo que la tesis de su proyecto universitario tiene dos fases, dos tiempos, un antes y un después de la guerra. Y que consolida finalmente un viaje que sorprendentemente viaja de Norte a Sur en dirección contraria a las instrucciones de la “isla de piedra” de José Saramago<sup>249</sup>.

Tras la terrible destrucción acontecida sobre aquellos “espacios del saber” esta segunda fase encuentra, paradójicamente, su lugar en el espacio vaciado por las ruinas de una primigenia fachada higienista de la ciudad. Entre sus restos hay todo tipo de edificaciones sanitarias derruidas como la Casa Roja, el Instituto Príncipe de Asturias – o Nacional de Oncología, el Instituto Quirúrgico, el Asilo de Santa Cristina, la Fundación Rubio; todos presididos por la imagen imponente de hormigón armado del Hospital Clínico que no había llegado siquiera a inaugurarse. Todos situados igualmente con lógica implacable en las espaldas de la vecina Facultad de Medicina en el enorme espacio que se añade al ya existente entre las dos ciudades ya señalado y en donde este doble capítulo “americanista” levantara sus edificios tras tres años de feroz batalla sobre sus escombros.

La Biblioteca Hispánica con esta estrategia espacial configura un nuevo el límite de la ciudad de Madrid hacia el Oeste. Tras unos primeros años de exaltación de la “ruina”, de un paisaje cultural de trincheras, por parte de los militares sublevados, vencedores, toma la palabra una escenografía urbana celebrativa de su propia victoria. La propaganda política va a pasar a diseñar un acceso “neo imperial” para Madrid que atravesando las ruinas de la Ciudad Universitaria se decide erigir como entrada simbólica desde El Escorial o desde el posterior Valle de los Caídos, el monumento más emblemático del fascismo español<sup>250</sup>. El pobre *campus* de una modernidad apenas estrenada además de

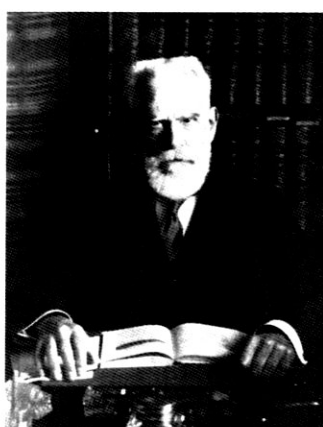
---

249 SARAMAGO, José (2007): *La balsa de piedra*. Madrid: Santillana.

250 ÁLVAREZ, Delfín (1941): *Mínimo de obras a rectificar en la Ciudad Universitaria para perpetuar lo que fue en la campaña pasada*, pp. 469-473. Archivo de Obras Publicas.

sufrir la saña irracional de los legionarios, las tropas *africanistas* o los brigadistas internacionales, que usan sus espacios y libros pensados para distribuir saber cómo material de trinchera, tendrá que añadir otra humillación, esta vez ideológica, con la imposición de un lenguaje arquitectónico que le es particularmente ajeno.

En el marco del exilio de la mayor parte de sus profesores el proyecto que desarrolla el arquitecto Luis Martínez Feduchi, en el que se incluye la Biblioteca Hispánica, nos permite entender la violencia de los tiempos. Miembro de una importante saga de profesionales locales y coautor de uno de los edificios más vanguardistas de la ciudad, el edificio Carrión, en plena Gran Vía, el edificio que ahora diseña contribuye al proyecto citado de levantar una fachada para el nuevo poder político. Y lo hace recreando, en sus parámetros,



1: El Instituto de Cultura Hispánica de Madrid.  
2: Rafael Altamira Crevea.

1

2

una disposición compositiva “neo colonial” cuyo claustro tendrá que ser, por cierto, apenas dos años después, ocupado por el necesario salón de actos. De igual modo es cerrada su planta en U, un poco más tarde, precisamente para habilitar el depósito de libros de la biblioteca. ¿Olvidos o transformaciones? No es una pregunta banal porque si entendemos lo contrario, y es lo más lógico en un arquitecto maduro como el señalado, estaríamos hablando de la importancia que esta última adquiere pronto en el programa de aquel Palacio de la Hispanidad, en aquel *escorialito* como será conocido extraoficialmente con cierta sorna. Evolucionará, la biblioteca como el propio país, acercándose progresivamente a las tesis científicas que el libro de Diego Angulo y de sus colaboradores ya adelanta.

Como colofón americano, al hacer inventario de todo este escenario cultural de hace setenta años convendrá recordar como bajo sus cimientos y

rellenos, nuevas avenidas y viaductos, este falso historicismo se consolidara definitivamente sobre un Madrid definitivamente desaparecido y transformado morfológicamente. Como entre sus estratos ocultos, ironías de la vida, se esconderán algunos de los más antiguos antecedentes americanos, también del Norte. Antes del comienzo de la sublevación militar ya había desaparecido el palacete de La Parisiana donde habían sonado por vez primera en la ciudad los acordes de una orquesta negra de *jazz*. Quedaría más o menos bajo lo que es ahora el Museo de América. Un cambio radical; si aguzamos el oído quizá todavía podamos oír sus trompetas. Las estratigrafías del lugar son tozudas. La Biblioteca Hispánica que se sitúa sobre ellas expone no solo referencias estilísticas de dudoso gusto sino que confirma una memoria de coincidencias físicas

3: Sala principal del Museo de América de Madrid. Arquitecto Luis Moya Blanco.



3

4: Dibujo idealizado del proyecto de la Ciudad Universitaria de Madrid. En primer término el río Manzanares y, al fondo, la periferia de la ciudad.



4

y temporales con la publicación reseñada.

Reflejan, de todos modos, no solo un asunto de consumo interno. Con el creciente papel de los americanistas en la revisión de sus objetivos de investigación ejerce por supuesto un cometido crucial para corregir las directrices de un primer momento del *franquismo* con lo que un joven director de la Biblioteca Hispánica, José Ibáñez Cerdá, verá facilitadas sus tesis académicas. La ampliación del depósito de libros dispondrá así de dos aliados colaterales, fundamentales, para paliar sus austeros presupuestos: la revista “Mundo Hispánico” y, algo después, los “Cuadernos Hispanoamericanos”<sup>251</sup>. No eran las primeras publicaciones periódicas en España con tal temática pero sí las únicas en aquel momento de revisiones. De corta duración, estuvo antes “Carabela”, publicada por Asociación Cultural Hispano–Americana que dependía del propio Ministerio de Asuntos Exteriores de España pero que deja paso a estos instrumentos menos marcados ideológicamente.

251 Fundada la primera en 1947; luego, en 1948, Cuadernos Hispanoamericanos es la respuesta a los Cuadernos Americanos publicados por los españoles transerrados en México.



Las citadas revistas nacen como vehículos del cambio de imagen política que se pretende ante Estados Unidos sobre todo. Quien haya conocido la primera de las dos entenderá su valor contradictorio; desde la calidad llamativa de su edición a sus contenidos contemporizadores en un régimen militar de estricta censura previa. Para acomodarse a un doble juego respecto a Hispanoamérica nace también la segunda publicación, que sigue por cierto viva todavía y goza de magnífica salud y prestigio científico. Para la Biblioteca Hispánica cumplirán otro doble papel en esta reflexión: bien gestionadas, reforzarán las redes de solidaridad citadas convertidas en moneda de canje y de donación muy valiosa.



5



6

**5:** Situación constructiva de la Ciudad Universitaria de Madrid en el año 1936. Dibujo dirigido por Javier Ortega.

**6:** Ruinas tras la guerra civil del Hospital Clínico de Madrid. Arquitecto Manuel Sánchez Arcas.

Verá aumentados sus espacios de acción. Los escasos miles de volúmenes que hereda la Biblioteca Hispánica de proyectos previos, y con los que se encuentra José Ibáñez cuando todavía se ubica en un piso de la calle de Alcalá, frente a las Escuelas Aguirre, bajo la denominación de Consejo de la Hispanidad, se convertirán con ambas en unos recursos imaginativos que la permitirán alcanzar el más de medio millón en pocas décadas. En los años ochenta llegará, incluso, a disponer de edificio propio; proyectarse como una nueva biblioteca, la actual en uso, autónoma físicamente del instituto

El equipo que lidera esta transición ideológica desde la Biblioteca Hispánica transformará un programa oficial hispanoamericano primero, de un intento de interlocución inicial entre regímenes fascistas de ambas orillas a otro, paliando el error internacional cometido por la dictadura dejando a un lado el *constructo* de “Reyes Católicos”, “Viajes del Descubrimiento” y “Evangelización de América”; una lectura mitificada muy propia de las interpretaciones de la postguerra de la Iª Guerra Mundial. Como biblioteca de referencia universitaria ahora sus tesis americanistas irán pasando, paulatinamente, a ser algo más

científico y adecuado con las realidades del momento, históricas y científicas. Una tesis en que la obra de Diego Angulo y de sus colaboradores sintoniza profundamente; y la propia formación académica y profesional de José Ibáñez Cerdá.

Las solidaridades tienen que ver, lógicamente, con sintonías biográficas. Tanto autores como bibliotecario participan en una formación especializada en arte y en América. El último debido a dos situaciones: a Juan de Contreras, Marqués de Lozoya, de quien ha sido alumno muy cercano en su carrera universitaria de Geografía e Historia, en Valencia, y a colaborador posterior en el Servicio de Recuperación Artística<sup>252</sup> y a su ingreso temprano en el cuerpo de facultativos de Archivos, Museo y Bibliotecas del Estado que le permite organizar la Sección de Cartografía Histórica en la Biblioteca Nacional. Desarrolla su afinidad alicantina con Rafael Altamira de quien toma su temprana vocación americanista. En el año 1940 se han puesto en marcha la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, en Sevilla, y el Consejo de la Hispanidad, en Madrid. En el año 1942, en el 12 de Octubre, inaugura la exposición de mapas “*Monumenta Chartographica Indiana*”.

Como funcionario público, el legado de José Ibáñez finalizará como empezó: inaugurando. Inaugurando un nuevo edificio, una biblioteca, su nueva Biblioteca Hispánica. En el año 1977, treinta años después de la primera<sup>253</sup>. Como organizador de un proyecto estimulador que no contaba precisamente con grandes solidaridades internas es un convencido del arte del posibilismo, de “hacer biblioteca”, en el sentido *orteguiano* del término. De construir la biblioteca para construir un lugar tanto de la investigación como de la acogida. Recordemos la colaboración transversal con la aristocrática cafetería del Instituto, ya desaparecida, o la pedagogía ejercida en sus últimos años en activo. Sobre el patrimonio cultural precisamente. Como comentaba Alfonso Reyes, con la biblioteca se facilitaba que la educación del universitario se acostumbre a incorporar a América en sus programas. El legado de Rafael Altamira es obvio.

Desde su famoso viaje de la Universidad de Oviedo, en el año 1910, a aquel continente sus repercusiones estarán presentes para todos ellos. Suponen una reflexión sobre como “dimensión del tiempo” frente a la “dimensión

---

252 Primero es nombrado en plena guerra civil como Subcomisario con Eugenio D’Ors y luego a su final ya como Director General de Bellas Artes.

253 Un nuevo edificio que se construirá en los Setenta de la mano del arquitecto Antonio Fernández Alba, con la colaboración inicial de José Luis Fernández del Amo, y es la mejor muestra de una eficaz gestión con capacidad ya para dos millones de volúmenes. Un proyecto, por cierto, en fuerte pugna con sus vecinos hospitalarios.



del espacio” abierta por la propia Biblioteca Hispánica. Como una especie de zahorí, en expresión afortunada de Antonio Bonet Correa, el director de la Biblioteca Hispánica se convierte así, a la vez, en guarda y dispensador de una memoria por desvelar sobre un paisaje común. Una memoria acumulada que se suma a la que había iniciado, también en Sevilla, el propio Angulo Iñiguez. El repertorio inicial, fundamentalmente de temas históricos, paso a paso va incorporando un perfil de mayor complejidad propio de este panorama; y a su especificidad como arte más tarde se le añadirán disciplinas como la antropología, los estudios etnográficos, los literarios o la sociología en general. Un punto de encuentro para asentar redes de investigadores y estudiosos que se asocia entre sus estanterías y *compactus* a las fichas de cartulina de la época.

Ramón Gutiérrez recuerda bien esta experiencia. Esta cooperación de travesías interoceánicas varias y el valor de aquellos apoyos. Como llegó, el mismo, hasta la Biblioteca Hispánica por vez primera impulsado por Mario J. Buschiazzo, después de pasar por el despacho de Antonio Bonet y de conocer a Enrique Marco, y, como navegó siempre, a partir de entonces, con tales “vientos” de amistades. Y como enseñó a otros muchos a hacer lo propio; al que escribe estas líneas, sin ir más lejos. Hablar de solidaridad allí tuvo, por tanto, un sentido muy concreto; de nombres y apellidos. Un sentido de *portulano* no dibujado pero verdadero hecho por personas generosas comprometidas en un objetivo semejante de transmisión de conocimiento. Un colectivo de personas embarcadas en la construcción de un mapa útil para conservar el patrimonio cultural en donde encontraran abrigo y consejo, para intervenirlo correctamente, muchos profesionales de ambas orillas.

Para finalizar, desde una escala geográfica, casi inabarcable, Mario J. Buschiazzo, apoyado en su peculiar *Gran Tour* americano o figuras como la de Enrique Marco Dorta, en su tarea de transversalidades, se agrandan hoy como hitos de reflexión y ejemplos de organización. Como el personal periplo de Diego Angulo Iñiguez que desde su Laboratorio de Arte Hispanoamericano del Centro de Estudios Históricos de la Junta de Ampliación de Estudios, primero, que comparte con Gómez Moreno, o con su heredero, el Instituto Diego Velázquez del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, después, del que acabara siendo su director. Del que también lo será su discípulo Enrique Marco deudor en tal itinerario de una eficaz previa de bibliografías y fotografías que culmina con estos libros. Este último, desde el año 1943, será el responsable de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En este laboratorio peninsular son por tanto algo más que intelectuales de

primera generación; sientan bases de conocimiento todavía reconocibles. Al excelente fotógrafo que es Buschiazzo se le añade un perfil de magnífico dibujante como arquitecto que permite aportar planos. Es parte de la misión anclada en la memoria del ciclo celebrado en torno a la arquitectura virreinal, en Sevilla, en el año 1914, por un avanzado Martín Noel<sup>254</sup>. Sus fotos en blanco y negro tienen carácter probatorio; mas ante los escasos antecedentes sobre ciudades y ruinas americanas. Es un viajero y promotor cultural continental<sup>255</sup>.

**7:** Mapa de las líneas de las trincheras, tras la guerra civil, realizadas sobre el campus.



7

**8:** La nueva plaza de la Moncloa con el Arco de Triunfo en primer plano. Arquitecto Modesto López Otero.



8

Escriben una estrategia una manera colectiva de trabajar ajustada al tema y a los tiempos, de quienes tienen una conciencia no solo de la escala a tratar sino de la necesidad de facilitar las cosas. Desde la experiencia de antes de la guerra civil de la exposición que, sobre México, organiza Angulo Iñiguez desde su Cátedra en Sevilla, luego de Arte Hispano en América y Filipinas en Madrid, al doctorado sobre Cartagena de Indias de Marco Dorta, bajo la dirección del primero, sus relatos describen gestión. Completan una imagen de gentes disponibles, no “dificultativa”, según el chiste sobre los facultativos típicos<sup>256</sup> que comparten un semejante sentido de la aventura científica y de similar cosmopolitismo. Recuérdese la posición norteamericana de M.J. Buschiazzo o la de J. Ibáñez como coordinador bibliotecario: metafóricamente o con verdaderas

254 Durante el siglo XIX el patrimonio colonial había sido negado; reaparece su interés con motivo de los aniversarios de las independencias republicanas. Se funda, entonces, el Museo Etnográfico Nacional de Buenos Aires.

255 Véase su labor en la gestión de los Institutos de Bogotá o Buenos Aires.

256 E. Marco será responsable desde el año 1943 de la Sección de Arte Colonial en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos del Consejo de Investigaciones Científicas y concentra allí toda la actividad del cuerpo de americanistas en España. Posteriormente lo será en la Cátedra en Madrid.

atribuciones técnicas, según los momentos, sobre los diferentes Institutos de Cultura Hispánica extendidos por el mundo. Un mundo por cierto mucho más complicado en sus comunicaciones y desplazamientos que el actual.

Con la muerte del dictador en España, ya en el año 1979, el Instituto de Cultura Hispánica cambiara, de nuevo, su denominación. Como Instituto de Cooperación Iberoamericana cierra una etapa pero comenzara otra no menos interesante vinculada a tesis adecuadas para un país desarrollado. En un cuarto de siglo las teorías de intervención sobre el Patrimonio Cultural, que nuestros autores ayudaron a identificar con un esfuerzo encomiable, han sufrido una expansión extraordinaria. Afecta, por supuesto, mucho a los temas aquí tratados.



9



10

**9:** Situación constructiva de la Ciudad Universitaria de Madrid en el año 1956. Dibujo dirigido por Javier Ortega.

**10:** José Ibáñez Cerdá, director de la Biblioteca Hispánica, con algunos de sus colaboradores.

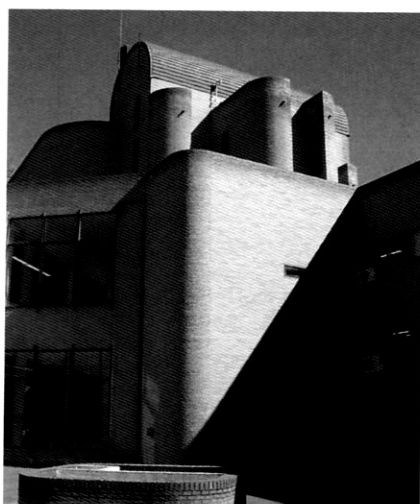
A sus conceptos y metodologías. Rebautizado de nuevo el Instituto de Cultura Hispánica como Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo se estructura como un instrumento más propositivo que conservador. La Cultura, el Patrimonio Cultural contemporáneo, el arte hispanoamericano, su arquitectura o ciudad serán ya no solo un activo del pasado cuanto un potencial del futuro. Un activo, en resumidas cuentas, al que la Biblioteca Hispánica seguirá sirviendo.

Con renacida eficacia desde un importante fondo bibliográfico, desde figuras como las aquí homenajeadas en este aniversario seguirá siendo más que un estímulo un colaborador indiscutible en el proyecto americanista; nunca dejó de serlo. América es su razón de ser como pieza de mediación entre autores y geografías periféricas como las estudiadas hace setenta años. Una tesis que hoy se amplía con su incorporación al Instituto Hispano Árabe y a sus fondos acercando todavía más a las tesis, críticas, sobre la Historia General de España que defendiera Rafael Altamira y Crevea. Como ha expuesto el, también historiador, José Álvarez Junco en su recopilación realizada junto con la investigadora norteamericana Carolyn Boyd, la importancia de esta contribución a la

revisión de la historiografía española tras la depresión producida por la pérdida de los últimos territorios ultramarinos a finales del XIX destaca por su temprana visión de la necesidad de reconstruir nuevos cauces<sup>257</sup>. Se encuentra allí el origen tanto del texto aquí tratado como de la desafección con su amigo Marcelino Menéndez Pelayo.

Su visión del hecho histórico, en todas sus manifestaciones, ampliada pronto a la antigua metrópoli y a las antiguas posesiones, avanza maneras que

**11:** La nueva Biblioteca Hispánica. Arquitecto Antonio Fernandez Alba.



11

**12:** Situación constructiva de la Ciudad Universitaria de Madrid actualmente. Dibujo dirigido por Javier Ortega.



12

luego se expondrán al trabajar o editar estas temáticas. Asociar culturalmente no solo a todos los pueblos que han conformado aquella *koiné*, no solo a Castilla o al imperio español, sino a toda la sociedad civil supone un concepto tan actual como es la “extensión universitaria” que inicia en su Universidad de Oviedo. Lo expone bien en su discurso temprano del año 1898. Significativamente, pone en marcha con todo ello un criterio innovador, desde su cercanía *institucionista*, que encuentra colaboración militante en la incorporación del concepto de cultura hispanoamericana de las nuevas repúblicas y naciones. Su estrategia que confirmara cuando, en 1926, se cree la cátedra de Arte Hispano Colonial de Sevilla señalada antes y que ideológicamente enfrenta un conflicto universitario latente desde la segunda mitad del siglo XVIII y que tanto había afectado a España y la América española en consecuencia.

Su propuesta de una *non nata* Universidad Hispanoamericana, en Salamanca descrita en su obra “Mi viaje a América”<sup>258</sup> es una verdadera inflexión

257 ÁLVAREZ JUNCO, José & al. (2013): *Historias de España*. Madrid: Crítica.

258 ALTAMIRA, Rafael (1911): *Mi viaje a América*. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez.



cuyas consecuencias están presentes en la política pluridisciplinar ahora evaluada.<sup>259</sup> Su resultado visible, más institucional, de aquel viaje iniciático será el Centro Oficial de Relaciones Hispanoamericanas establecido para actuar como centro técnico para unificar la acción bilateral entre ambas orillas del océano tras las independencias últimas. Constituye el embrión del Instituto de Cultura Hispánica, de la Biblioteca Hispánica, de las diversas instituciones comentadas; ocupaba el espacio político del suprimido Ministerio de Ultramar. En la Universidad de Oviedo se funda una primera sección para tratar específicamente estos estudios americanistas. A comienzos de los años veinte empiezan a perfilarse nuevas políticas en la antigua metrópoli que construyen su “carenado” ya desde la Cultura. Un proceso de institucionalización que tiene continuidad, débil quizá, tanto en la dictadura del general Primo de Rivera como en la II República Española. Al margen de nombres, sus presupuestos ideológicos no estarán nunca muy alejados<sup>260</sup>. La Unión Iberoamericana que aparece en el primer organigrama de la compra, por el Estado del antiguo Palacio del Hielo y del Automóvil, de Madrid, para instalar el Centro de Estudios Históricos señalado es parte de esta creciente biografía<sup>261</sup>. Relevante, para las cuestiones aquí tratadas, es precisamente ese precedente social que Rafael Altamira incorpora en su revisión; también su visión europeísta, a la par que también americanista, en el campo de la Historia<sup>262</sup>. Cuando es nombrado primer Catedrático de Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América de la Universidad Central de Madrid tal materia será exclusiva del doctorado en las Facultades de Filosofía y Letras y de Derecho. Su impulso en la historiografía española forma parte del desarrollo de esta tesis desde la Cultura y la Historia de las Ideas. Con ello el capítulo artístico expresara su avance como una manifestación de cultura popular que se materializa, décadas después, en esta “Historia del Arte Hispanoamericano” de Angulo, Buschiazzo y Marco ayudando a definir la especificidad de su área de conocimiento.

---

259 ROBLEDO HERNÁNDEZ, Ricardo (2014): *La universidad española, de Ramón Salas a la guerra civil*. Valladolid: Junta de Castilla y León. pp. 495 y ss.

260 DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo (2003): “Libros y revista para América: política cultural y producción editorial del Instituto de Cultura Hispánica”, en *La buelta editorial del Instituto de Cultura Hispánica*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores.

261 Véase el proyecto de la compleja remodelación que hace el arquitecto Pedro Muguruza sobre tan singular edificio en los años 1928/29 y la que también suma elocuentemente un recién constituido Patronato de Turismo. En 1937 lo ocupa el Instituto de España siguiendo el modelo de agrupación de academias iniciado por Mussolini.

262 Su texto “*Psicología del pueblo español*” aborda, por vez primera, una lectura sin complejos del papel aportado en la historia de la Humanidad por la civilización hispanoamericana en sus costumbres, política, literatura, ciencia y, por supuesto, en arte. Sus obras completas, que no llegan a editarse por culpa del exilio político, incluían un final titulado “*Historia y Arte*”.

En resumen. Acabando este texto, me descubro sonriendo. Recordando la imagen física de aquellos ciudadanos tradicionales, atildados y, al mismo tiempo, tan dispuestos a embarcarse en las peripecias necesarias para documentar adecuadamente los elementos geográficos o culturales necesarios que les fueran necesarios para la descripción de aquel patrimonio cultural. Describen tres biografías excepcionales entre tiempos políticos antagónicos y con perfiles complejos; como la de Enrique Marco, a quien tuve la fortuna de tratar. Él y Angulo Iñiguez fueron instrumento básico a la hora de enfrentar mis tempranos intereses americanistas junto con el personal de la Biblioteca Hispánica. Me permitieron acercarme, con el rigor adecuado, a una realidad para mi totalmente desconocida cuando tuve que organizar una primera exposición sobre el urbanismo hispanoamericano con la que iniciaba mi carrera académica<sup>263</sup>.

Siendo consciente por ello de un respeto debido a los tres, he querido aquí ajustar mi papel en este texto haciendo caso al filósofo Eugenio Trías, con toda intención, a espacios de “fronteras” como los manejados, ¿o no tanto?, quizá menos transitados. Con la esperanza de poder aportar alguna mirada innovadora –en este panorama de especialistas en el tema– a la hora de reforzar la vigencia de la obra y de sus autores. Responder de algún modo a la generosidad recibida. Y, por cierto, no olvidando el homenaje paralelo al segundo protagonista, a la Biblioteca Hispánica, que para no perder la costumbre acaba de inaugurar su “tercer edificio” en menos de un siglo; hoy, virtual; hace unos meses. Enhorabuena también.

---

263 Junto con los también arquitectos Javier Aguilera Rojas y Luis Moreno Rexach desarrollamos un doble proyecto de exposición y publicación para el Instituto de Cultura Hispánica denominado *Urbanismo Español en América* en el marco del aniversario de las Ordenanzas de Descubrimiento, Nueva Población y Pacificación del año 1573. Actualizaban, con los medios de impresión del momento y de manera parcial, el importante trabajo realizado años antes por Angulo Iñiguez con el libro *Planes de monumentos arquitectónicos de América y Filipinas en el Archivo de Indias*.